ORACION.

TU, Señora, cariñosamente de tus pechos administraste el licor soberano al que siendo una misma carne contigo, quiso con este sustento merecerme la entrada del Paraíso. Tú eres Madre, no de hombre solo, sino del que todo lo puede. Dame, pues, tu gracia, Señora, para que á tí sola sirva, y jamás de tí por criatura alguna me aparte. Amen.

DIA VEINTE Y OCHO DE DICIEMBRE.

ENtre otros prodigios que me enviaron de Italia, y de quien hace mencion el Autor citado al pie (a), uno fue el que dia como hoy hizo la Santísima Virgen con un devoto de su Inmaculada Concepcion, llamado Juan Bautista de Malecorca. Yá habia este experimentado el favor de esta Señora por el mes de Abril del año de 1635, en que estuvo para morir; y haciendo voto de visitar la Capilla de la Purísima, estuvo bueno; y como sabia á quién, y cómo habia de acudir en sus enfermedades, no buscó otro medio en la que padeció ese mismo año, dia como hoy. Sucedió, pues, que apoderándose de él una calentura maligna, entraron en consulta los Médicos, y ninguno le dió vida. Afligidos los de su casa, por la falta grande que hacia, llamaron á un Peregrino que á la sazon estaba en el Hospital, gran Químico, el qual, con cierta agua que daba, decian curaba de calenturas. Entró á ver el enfermo; pero este así que le vió, dixo: Para qué buscan el remedio donde no le han de hallar? Cómo no? dixo el Peregrino: quando yo á V. m. no le cure, me dexaré aquí mismo cortar las manos: solo que si le curo, no ha de salir con el cuento de la vecina, que despues que la curé con el agua que la dí, salió con que una estampica la habia curado. Hácelo mi agua, y luego dicen que la Virgen ha hecho el milagro. Yá se inclinaban los de la casa á que le diese el agua; pero el enfermo con voz alta, dixo: Quítenme ese hombre de delante, que quien cura enfermedades tan mortales como la mia, no es sino la Purísima. Despidieron al Químico; y tomando una Imagen de la Concepcion el moribundo, dixo: Ahora es hora, Madre mia, de

(a) Fr. Thom. Gagliar *de Mirac. Concep. cap.* 7.

de volver por vuestro punto. Ya habeis oído lo que ha dicho aquel bárbaro: Vos me habeis de curar, que yo os ofrezco hacer un frontal de tela de oro para vuestro altar. O prodigio! Aun no bien habia pronunciado estas palabras, quando le dexó la calentura; y dentro de veinte y quatro horas se halló con fuerzas para ir á darle las gracias, y llevóle la tela, de que se hizo un rico frontal, que sirvió para el dia de los Reyes. Con esto quedó confundido el Peregrino, y no pareció mas en aquella tierra.

EXEMPLO.

REfiere Tritemio, Nauclero, Bautista Fulgoso, el Padre Canisio, de la Compañia de Jesus, en su Marial, libro quinto, P. Juan Mayor, verbo *Judicium Dei*, P. Juan Sebastian, libro del Estado Sacerdotal, tomo 2, que por los años del Señor de 985, imperando Oton Tercero, sucedió un inaudito, y horrendo caso en Mogdeburg, Ciudad del Ducado de Saxonia. Hubo, pues, en esta Ciudad un Estudiante, llamado Udo, el qual era muy virtuoso; pero aunque estudiaba con mucho cuidado, aprovechaba poco, por ser de muy corta capacidad para las letras. Reprehendíale su Maestro porque nunca trahía buena leccion, y hacian burla de él sus condiscípulos. Afligido, pues, por verse castigado, y menospreciado, acudió á la Madre de Misericordia la Santísima Virgen por remedio. Entróse á hacer oracion á la Iglesia Mayor de aquella Ciudad, dedicada á S. Mauricio Martyr, y á sus Compañeros. Sobrevínole un dulce sueño; y quedándose dormido, se le apareció nuestra Señora, y le dixo: Oídohe tu oracion; y mi Santísimo Hijo te concede lo que pides: aprovecharás tanto en las letras, que por ellas vendrás á ser Obispo de esta Ciudad; pero mira que vivas bien, y hagas el oficio de Pastor con vigilancia: que si así lo hicieres, alcanzarás grande premio; y si no serás gravísimamente castigado.

Desapareció la vision, despertó del sueño, y desde aquella hora no halló dificultad en cosa que estudiase. Fuese al otro dia á leccion, y daba tan buena cuenta de todo, que estaban sus condiscípulos admirados, y decian: No es este Udo, de quien ayer nos reíamos? como tan presto le vemos tan grande Filósofo? La misma causa de admiracion tuvo su Maestro, porque á quantas dificultades le ponia, satisfacia con facilidad notable. Aprovechó tan-

tanto en pocos años, y cobró tanto nombre, que vacando el Arzobispado de aquella Ciudad, fue elegido con aplauso comun del Pueblo; pero como dicen que los oficios suelen mudar las costumbres de los hombres, aunque los primeros meses empezó á proceder bien, despues se fue olvidando de sus obligaciones, y derramando tanto en vicios, que mas parecia lobo que habia entrado en el ganado de Christo para destruirlo, que Pastor para apacentarlo. Dióse principalmente tan sin rienda al vicio de la deshonestidad, que no habia segura muger casada, ni doncella de su insaciable torpeza; y como hombre rico, y poderoso, no habia quien le fuese á la mano. Llegó á tanto su atrevimiento, que puso los ojos en las Esposas de Christo, y sacó de su Monasterio una Abadesa, y estuvo públicamente amancebado con ella, con escándalo de todo el Pueblo; pero aunque Dios sufre, no para siempre. Estando una noche durmiendo con ella, oyó una voz, que le decia: *Cessa de ludo, quia lusisti satis Udo.* Basta ya, Udo, tanto pecar.

Echoló Udo á risa, y no quiso dexar su pecado. La segunda noche oyó la misma voz, y hizo de ella el caso que la noche antecedente. A la tercera noche oyó la misma voz; pero mucho mas terrible, y espantosa, de suerte, que le pareció que ya iba de veras, y empezó á temer; pero presto se olvidó. Estándose, pues, este desdichado hombre en su mal estado, sin que hubiese quien pudiese remediarlo, un Canónigo de su Iglesia, hombre de mucha virtud, se quedó una noche despues de maytines en oracion en la Iglesia Mayor, para encomendar á Dios este negocio, y le pidió con grandes lágrimas, y gemidos que su Divina Magestad ablandase aquel duro corazon, para que se convirtiese, ó si no se quisiese convertir, le quitase la vida, y le castigase, para que con su mal exemplo no hiciese tanto daño á sus ovejas quien les debiera dar pasto de saludable doctrina. Oyóle Dios, y de repente entró en la Iglesia un grande viento que apagó todas las lámparas: erizáronsele al Canónigo los cabellos, faltóle el aliento de temor; pero pidiendo ánimo á nuestro Señor, volvió en sí, y vió que entraban dos hermosísimos mancebos con dos hachas encendidas en las manos, y que haciendo gran reverencia al Altar Mayor, se ponian uno á un lado, y otro al otro. Despues vió entrar otros quatro, dos con unas alfombras, y tapetes, que los

los tendieron por la Capilla Mayor; y los otros dos trahían dos sillas de oro, que las pusieron sobre las alfombras. Entraron despues doce venerables personas, y en medio de ellas venia una mucho mas venerable, y hermosa: trahía en la cabeza una preciosísima corona imperial, y en la mano un cetro de oro, como de Rey (era Christo nuestro Señor, acompañado de sus Apóstoles): hiciéronle todos grande reverencia, y sentóse en la una silla con grande magestad. Entró luego la Santísima Virgen, acompañada de un gran número de Vírgenes, y Mártyres: hizo grande reverencia á Christo, y sentóse en la otra silla de oro. Entró luego S. Mauricio, á quien estaba, como diximos, dedicada aquella Iglesia, acompañado de todos sus Santos Compañeros, que son seis mil seiscientos y setenta y seis; y haciendo una profunda reverencia á Christo, y á la Virgen, se pusieron todos en hilera por los dos lados del Templo. Despues de todos entró un mancebo de gallarda estatura, armado de punta en blanco, con una espada desnuda en la mano, como pintan la justicia; y habiendo hincado la rodilla, y hecho reverencia, se puso en medio del Templo, y alzando la voz, dixo: *Sancti omnes quorum reliquiæ hic sunt, surgite, & venite ad judicium*: Todos los Santos de cuyos cuerpos hay aquí reliquias, levantaos, y venid á juicio: Y luego al punto apareció allí una gran muchedumbre de Santos Martyres, Vírgenes, Confesores, y Doctores, puestos todos por su orden en aquel Teatro de la Justicia de Dios.

En esto S. Mauricio, tomando la mano, como á quien estaba dedicado aquel Templo, levantó la voz, y dixo: Rectísimo Juez, tiempo es de que se haga justicia. Mandó entonces Christo que le traxesen allí á Udo. Fueron algunos Angeles, y traxéronle, sacándole del lado de la manceba. Puesto en presencia de Christo, y de aquella tan noble compañia, qué confusion tendria el desventurado? Empezóle á hacer cargos S. Mauricio, diciéndole: Este, Señor, es aquel Udo á quien vuestra Santísima Madre hizo tan singulares beneficios, á quien dió el don de la sabiduria, á quien vuestra Divina Magestad encomendó el cuidado de esta Iglesia; y en lugar de apacentar su ganado, lo ha destruido, gastando, y desperdiciando el patrimonio de la Iglesia en sus vicios; y siendo avisado tres veces con voces del Cielo, no se quiso enmendar; y lo mas grave, tuvo atrevimiento de violar las vírgenes con-

consagradas á vuestra Magestad. Entonces el Divino Juez Christo, hablando con los demas Santos, les dixo: Qué os parece que hagamos con este hombre? Entonces, levantando la voz aquel mancebo que tenia en la mano la espada desnuda, dixo: Digno es de muerte. Execútese, pues, dixo Christo; y á quien no supo ser cabeza de la Iglesia que le entregaron, córtenle la cabeza.

Llegándose, pues, á él aquel valeroso mancebo, le mandó estender el cuello, y baxar la cabeza para cortársela; y ya quando iba á descargar el golpe, uno de aquellos Angeles alzó la voz, y díxole: Detente, que este mal hombre, sin temor de Dios, celebró ayer, y comulgó en pecado; y por voluntad de Dios se han conservado hasta ahora en su cuerpo las especies sacramentales; y antes de executar la sentencia es menester sacar con decencia la Hostia consagrada. Llegó entonces la Santísima Virgen, acompañada de Angeles, con un caliz de oro en la mano, donde un Angel, dándole un golpe en las espaldas, le hizo echar la Sagrada Hostia; y la Purísima Virgen la purificó con sus manos, y puso el caliz sobre el Ara del Altar. Hecho esto, levantó la espada aquel fuerte mancebo, y mandando baxar el cuello á aquel hombre miserable, le segó de los hombros de un golpe la cabeza. Quedó tendido en tierra el cuerpo tronco, á un lado la cabeza, y todas las losas bañadas en sangre. Executada la sentencia, desapareció toda aquella noble compañia, y quedó el Templo obscuro, como estaban apagadas las lámparas.

Atónito el santo Sacerdote, que habia sido testigo de vista de caso tan estupendo, no sabia qué hacerse, ni á qué determinarse, y decia entre sí: Qué es esto que he visto, es sueño mio, ó revelacion de Dios? Sueño no, que siempre he estado despierto: quiero certificarme, y ver si está aquí el cuerpo del desdichado Arzobispo: animóse, y buscó lumbre, encendió las lámparas: llegó á aquel lugar donde se habia executado el castigo: halló el cuerpo tronco, la cabeza arrojada á un lado en el suelo, las losas bañadas en sangre: subió al Altar, halló el Caliz con la Hostia consagrada: esperó que amaneciese, y dexando cerradas las puertas de la Iglesia, se fue á dar parte al Cabildo, y á otras personas principales del Pueblo. Divulgóse el caso, abrieron las puertas de la Iglesia, entró gran número de gente, y fueron

ron testigos del mas estupendo espectáculo de la Justicia Divina que se vió en muchos siglos: conocieron por la cabeza el cuerpo; y los que estaban escandalizados con sus graves delitos, quedaron escarmentados con tan temeroso castigo.

En este mismo tiempo, quando pasaba esto en la Ciudad, volvia á ella un Capellan del miserable Obispo, á quien él habia enviado á negocios de importancia. Habia despachado sus cargas delante, y venia caminando solo: empezóle á cargar el sueño de suerte, que sin poderlo resistir, se apeó del caballo, y atándolo del brazo, porque no se le hurtasen, se recostó á dormir á la sombra de un arbol. Al primer sueño (cosa espantosa de decirse!) vió venir una gran tropa de demonios, haciendo grande ruido, armados todos de diversas armas, con lanzas, picas, y alabardas en las manos, y que todos hacian alto en aquel campo. Venia entre ellos uno, que en la estatura grande, y formidable del bulto, y en el espantoso rostro, se daba á conocer era el Príncipe de las tinieblas: levantáronle allí un Tribunal, y haciéndole todos reverencia, se sentó en él. Apenas se habian sentado, quando asomó otra gran tropa de demonios, que venian dando grandes risadas, haciendo grande algazara, como quien viene con algun grande despojo: trahian en medio el alma del desdichado Udo en forma corporal, atada con cadenas de fuego; y ya que llegaban cerca donde estaba su Príncipe, se adelantaron algunos de aquellos demonios, mas ligeros que águilas, y empezaron á dar voces, y á decir: Hagan todos lugar, que viene una persona muy principal, y benemérita de nuestro Reyno.

Llegó el triste Udo, y poniendo en él los ojos Lucifer, haciendo escarnio, y mofa de él, le dixo de esta suerte: Sea V. S. muy bien venido, que ha sido su venida muy deseada en mi Palacio, y Corte, porque deseamos todos pagar tantos, y tan buenos servicios como siempre nos ha hecho: mucho se ha acrecentado por su causa nuestra Corona, y Reyno: bien será, vasallos mios, que regalemos al nuevo huesped: dadle algo que coma. Luego al punto dos de aquellos infernales pages traxeron unos platos negros, y asquerosos, llenos de sapos, víboras, y serpientes, y abriéndole por fuerza la boca al miserable, le hacian comer aquella abominable comida. Llegaron luego otros con grandes vasos llenos de un licor amarguísimo, hecho de hiel de dragones, y piedra azu-

azufre, y hiciéronselos beber por fuerza. Habiendo el desventurado pasado este tan cruel tormento, díxole Lucifer: Razon será que pues su Señoría ha comido, y bebido, goce tambien de la suavidad de nuestros baños. Al punto levantó un demonio una grande piedra, que servia de puerta á un grande pozo, que estaba allí cerca, del qual salieron tantas, y tan grandes llamas, que subian hasta el Cielo, y esparciéndose gran trecho por aquel campo, volvian en cenizas las piedras, y los árboles, y hasta una fuente que corria por allí cerca, la secaron toda, sin dexarla gota de agua. Cogieron luego á aquel desdichado, y le entraron en aquel baño de fuego, donde habiéndole detenido largo rato, le sacaron despues, como sale un hierro de la fragua, encendido como un asqua de fuego, y le volvieron á la presencia del Príncipe de las tinieblas, el qual le dixo: Que le parece á V. S. de nuestros baños? Así premiamos tantos, y tan grandes merecimientos; y todo esto no es mas de ensaye de la colmada paga que han de tener en mi casa sus servicios.

Habia estado á todo esto confuso, y sin hablar palabra el Arzobispo; y viéndose ya condenado, y sin remedio, levantó la temerosa voz, y dixo: Ay de mí! Ay de mí! Ay de mí desventurado, qué caros me han costado tan breves deleytes! Y empezó á echar maldiciones á Lucifer, y á todos los demonios: maldixo al padre que le engendró, y á la madre que le parió, á sus parientes, á sus amigos, á todos los cómplices de sus delitos. Oyéndole los demonios, empezaron á dar grandes risadas, y á decir: O qué bien sabe nuestro oficio! menester es que se quede con nosotros en nuestra casa. Dixo entonces Lucifer: pues llévenle luego al punto. Acometieron á él como perros, y leones furiosos, y arrebatándolo entre las uñas, le volvieron á entrar por la boca de aquel pozo con tanto ruido, alboroto, y estruendo, que parecia que se venia todo abaxo, que se arrancaban los montes de sus asientos, y se estremecia toda la tierra. Quedó Lucifer sentado todavia en su tribunal con algunos demonios, que le quedaron acompañando; y volviendo aquellos espantosos ojos, que parecian dos carbones encendidos, los puso con airado semblante en el Capellan que estaba durmiendo, y dixo: Aquel Clérigo que está allí durmiendo, no es el Capellan de Udo, alcahuete de su amo, y cómplice de sus delitos? Razon será que le acompañe tambien en el castigo: trahédme-

mele acá. Obedecieron al punto los infernales Ministros. Ibanle á echar mano, quando sobresaltado el Clérigo, queriendo huir de los demonios, despertó de aquel temeroso sueño.

Como se levantó tan despavorido, espantóse el caballo, que tenia atado al brazo, y corriendo furioso por aquel campo, le llevó arrastrando largo trecho, hasta que le rompió el brazo. Quiso la bondad de Dios, para que aquel miserable tuviese lugar de penitencia, y para que fuese testigo de vision tan espantosa, que amansase el caballo, y se detuviese; de suerte, que, aunque con mucho trabajo, pudo volver á subir en él. Llegó á la Ciudad, y halló en ella que no se hablaba de otra cosa que de la muerte desgraciada de su amo. Fue á la Iglesia, y vió el horrible castigo que habia Dios hecho en el cuerpo: confirió con él el que habia visto hacer á los demonios en el alma; y contó todo lo que habia visto. Los Ciudadanos, viendo quán irritada estaba la Divina Justicia contra aquel desventurado hombre, no quisieron que se enterrase en sagrado: cogieron el cuerpo, y le mandaron echar en una laguna. Luego que le echaron, salieron de los bosques las fieras, los tygres, los lobos, los leones, entraron en la laguna, y sacaron el cuerpo, y sin probar de su carne, como de cosa maldita de Dios, le traxeron arrastrando, y despedazando por aquellos campos, con tal furia, que hacian mucho daño en los Pastores, y Labradores que por allí vivian; de suerte, que se vieron obligados á coger el cuerpo, y quemarlo. Recogieron las cenizas, y arrojáronlas en el rio Alba. Cosa maravillosa! Luego al punto todos los peces que se criaban allí, muchos desampararon aquellas aguas, y se pasaron huyendo al mar. Duró la falta de pescado en este rio por espacio de diez años, sin pescarse en él ni uno solo, hasta que los naturales de aquella tierra, con rogativas, letanias, y plegarias aplacaron la ira de Dios, y empezó á volver el pescado. Ha durado la memoria de caso tan espantoso en toda aquella Provincia hasta el tiempo presente; y aunque los Saxones lo quisiesen negar, las mismas piedras lo publicarian, porque hasta hoy se ve la señal de la sangre en uno de aquellos mármoles donde se executó la sentencia, y se ve como incorporada con la misma piedra. Tiénenla cubierta con una alfombra; y quando hay nueva eleccion de Prelado la descubren, y se la muestran, diciéndole que mire cómo castiga Dios á quien no administra con

con fidelidad la dignidad que su Magestad Divina le encomienda.

EXHORTACION.

HE puesto este exemplo de los últimos para que despues de tantos como has visto en que Maria Santísima se portó como Madre de Piedad, no pase nuestro corazon á querer abusar de ella, sino que consideres en este caso tan horroroso nos puede suceder lo mismo, si no guardamos los Preceptos de su santa Ley. Aturdido estoy, ó Lector mio, de este caso, y en él veo quánto mysterio incluyen aquellas palabras, que esta misma Señora dixo por el Eclesiástico: *Ego Mater pulchræ dilectionis, & timoris, & sanctæ spei.* Yo soy Madre de la dileccion; pero tambien lo soy del temor: no piensen los hombres que porque les trato con apacibilidad en tantos beneficios como experimentan, no he de usar del rigor, quando crezca su atrevimiento, y pase á menospreciar mis finezas. Teman á vista de lo que sucedió á Udo, y consideren que este tan formidable castigo se executó por haber hecho el sordo á tantas inspiraciones como le dí, despues de haber recibido la ciencia, y otros dones de mi liberal mano. Piensen que no es quererles mal darles yo ahora estos avisos; y que si Udo pudiese volver al mundo, y oír de otro lo que ahora oyen otros de él, no se estaría mano sobre mano, sino que desde luego la pondria en la penitencia. Yo (dice Maria Santísima) quise fuese castigado uno, para que temiesen muchos; y este temor santo quiero, como Madre de él, introducirlo en todos, y de ahí enseñarles que tambien soy Madre de la Esperanza: porque primero se ha de temer, y despues se ha de esperar: porque si uno sin temor espera, podrá ser que esta esperanza, por sobrada, le lleve al Infierno; y por esto digo que soy Madre de la Esperanza, no de qualquiera, sino de la santa: *Sanctæ spei*, pues la sobrada es ya presuncion. En ninguna cosa resplandece mas esta Señora, Madre del temor, y de la esperanza, que en trahernos á la memoria exemplo como este; así lo decia el docto Rodulfo: *Mater pulchræ dilectionis, & timoris, & sanctæ spei, harum scilicet, cæterarumque virtutum exempla præbendo*; y así, agradezcámosle tantos como nos da en estos libros.

EXERCICIO. Sea leer, ó hacer leer este exemplo delante de cinco personas por lo menos. La oracion es de S. Anselmo.

ORA-

ORACION.

POR tu humildad, Señora, te ruego, que quando haya cumplido el curso de mi vida, merezca ser socorrido de los Angeles; y que siendo llevado por ellos ante aquel riguroso Tribunal, merezca alcanzar el perdon de mis grandes maldades, y despues gozar de la tranquilidad eterna. Amen.

DIA VEINTE Y NUEVE DE DICIEMBRE.

EL año de 1677 favoreció nuestra Señora de la Salud de la Villa de Algemesi, á un devoto suyo llamado Juan Asensi, Escribano, curándole de una enfermedad naturalmente incurable. Fue el caso, que viéndose muy afligido, por decirle un gran Médico, llamado el Doctor Gabriel de la Plaza, que no tenia remedio su mal, se encomendó muy de veras á esta Santa Imagen. La enfermedad era una aneurisma en el brazo de causa interna, de la magnitud de un huevo, que á mas del peligro en que le puso, le atormentaba con unas pulsaciones tan dolorosas, que puñales no las causarian mas vehementes. Hallándose en este conflicto, hizo este voto: Señora, para curar de mi brazo, qué medio mejor que poner en el vuestro una mata de azucenas de plata, symbolo de vuestra pureza? Yo, pues, Señora, os las ofrezco. Apenas dixo esto, le vino un impulso de aplicarse sobre la aneurisma una estampa de nuestra Señora. Hízolo, y al contacto de quien es la Medicina de todo el mundo, que así la saludaba S. Buenaventura: *Medicina mundi*, quedó libre del accidente, cumpliendo contentísimamente su voto, llevando las azucenas de plata, que son las que hoy dia en su mano tiene.

Por ser hoy dia de un gran devoto de esta gran Reyna, como lo publican aquellos siete gozos, que llaman de Santo Thomas Cantuariense (los quales son los mismos que pusimos en treinta de Junio), diré un favor que le hizo, entre muchos, esta agradecidísima Señora. Un dia se le rompió el silicio, y por no manifestarlo (que así se han de practicar las mortificaciones) no sabia como hacerlo. En esto estuvo allí la gran Reyna, y le dixo: No te aflijas, Thomas, que Yo te ayudaré á remediarlo: y tomando de una parte, y el Santo de otra, lo dexaron como antes.